

mundo gráfico



Miércoles, 8 de
Diciembre de 1937

AÑO XXVII
Número 1.362
Hermosilla, 73
Aportado 571
MADRID



El homenaje de Barcelona a Francisco Layret, en el aniversa- rio de su muerte

En el aniversario de la muerte de Francisco Layret, un gran gentío desfiló en Barcelona ante el monumento erigido en memoria de aquel gran defensor de los anhelos populares. He aquí al presidente Companys después de haber depositado unas flores al pie del monumento.

(Fot. Torrents)



La "jotica"

ESTAMOS en tierra de Aragón. Después de la toma de Belchite se han ido extendiendo nuestras líneas, que fortificamos rápidamente para asegurar las nuevas conquistas. Las jornadas son duras porque el enemigo quiere dificultar nuestros trabajos. Pero no lo consiguen, porque mientras unos luchan bravamente en primera línea, otros se aplican a la tarea de hacer fuertes nuestras defensas, sin importarles el fuego faccioso.

Pero de repente hay que interrumpir toda actividad porque se enreda un largo temporal de lluvias. Vienen días de quietud forzosa para todos, porque lo más que se puede hacer es reparar de día los daños que el temporal causa de noche.

Nuestras trincheras están próximas a las del enemigo; tanto, que a gritos se puede hablar de unas a otras. Y se aprovecha esta proximidad, cuando los fusiles callan, para entablar «duelos» de palabras, que ya podéis suponer que no son de menos calibre que las granadas artilleras.

Una noche, en que llovía de un modo terco, nos vimos sorprendidos con que desde la trinchera facciosa, con un altavoz, nos endilgaban un verdadero «sermón» de propaganda. Era un jefe requeté de Zaragoza, que trataba de convencernos «por las buenas».

Le contestamos con unas cuantas «chufas» oportunas, y como «ovación» final se enredó un copioso tiroteo de trinchera a trinchera.

A la noche siguiente decidimos devolver el «obsequio». Llevamos un altavoz a nuestra trinchera. El comisario de la compañía pronunció un breve y enérgico discurso. Y para «postre», un camarada nuestro pidió permiso para él también decir algo a «los de la acera de enfrente».

Se le concedió. Era un recluta aragonés. Cuando esperábamos oírle hablar, el camarada sacó de debajo del capote un guitarrico y se puso a templanlo con mucha destreza ante el altavoz. Inopinadamente se hizo en el campo un gran silencio. Hasta la lluvia pareció amainar en su furia. Y el camarada, con una magnífica voz y gran estilo, se «arrancó» con esta «jotica», que la bocina extendió poderosamente por el espacio:

*Si tienes vergüenza, maño,
pásate a nuestra trinchera,
¡que aquí se defiende a España
de la invasión extranjera!*

Ni que decir tiene la ovación que se ganó. Pero ya no pudo seguir cantando porque los fascistas empezaron a tirar morteros.

El efecto de la «jotica» no se hizo esperar. Aquella madrugada se presentaron en nuestra línea dos soldados evadidos. Los interrogamos; eran aragoneses los dos. Uno de ellos, mozo despejado, decía:

—Nos tenían la cabeza llena de embustes: que si erais todos rusos, que queráis dominarnos. Cuando yo oí la copla esta noche me dije: «No hay duda. Así no cantan sino los «míos». La sangre no engaña. ¡Y aquí estoy!»

Y el otro evadido, que al fugarse se había librado de milagro de los disparos que le hacían los centinelas facciosos, dijo:

—Si le dejan a éste seguir cantando, a estas horas se han quedado allí solos los italianos. —EUSTAQUIO ROMÁN SUÁREZ, del sector de Belchite.



Anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

do con ejemplos matemáticos.

Le queríamos todos y le admirábamos sinceramente, aunque, a veces, su manía de razonarlo todo, hasta lo más casual, nos hiciera reír, porque el Técnico tenía chistes y rasgos de buen humor magníficos.

Había veces que, explicándonos la teoría del tiro, se esforzaba en demostrarnos que las balas enemigas, si supiéramos Matemáticas, no podían herirnos, porque todo proyectil traza una parábola prevista, y el *quid* estaba en no ponerse en la trayectoria, y cosas así, teóricamente ciertas y en la realidad inútiles.

Sobre los obuses tenía su teoría inexorable:

—Se ha demostrado—decía—, con las estadísticas de la guerra europea, que en el agujero que abre una granada no cae otra en muchos meses de combate. El mejor refugio para un bombardeo es el cráter que ya ha abierto un obús.

Estábamos en los alrededores de Pinto, en campo raso, cuando empezó a tronar la artillería enemiga. En un barbecho cayó una granada, que abrió un hoyo tremendo. El Técnico, que estaba resguardado tras una encina, salió corriendo y se metió en el hoyo. Llevaba a hombros, amarrado al macuto, un corderín que habíamos pensado sirviera para nuestra cena.

Siguió el combate... No habían pasado diez minutos, cuando otro obús cayó, matemáticamente, en el agujero donde estaba parapetado el Técnico. Vimos elevarse, con el humo de la explosión, una enorme columna de tierra. Contamos por muerto a nuestro amigo. Pero, cuál no sería nuestra sorpresa cuando, al acercarnos, le vimos salir del hoyo, lleno de tierra, pero ileso. Sólo el carnerillo, que llevaba amarrado sobre el macuto, se desangraba, herido por un pedazo de metralla.

A pesar de que los momentos no estaban para bromas, yo le pregunté:

—¿No decías que durante muchos meses, y aunque se hiciesen miles de disparos, un obús no encajaba en el agujero de otro?

Y el Técnico, con acento de convencimiento, muy seguro, me contestó:

—Es que «esto» no ha debido ocurrir... No tiene ninguna razón científica. No es matemático. «¡Esto no vale!» Es una equivocación que la ciencia no puede admitir...

Pero la realidad era que el corderín, calado por la metralla, se desangraba sobre sus espaldas. —MATÍAS MORENO CARMONA.

«¡Eso no vale!»

«Eran aquellos días angustiosos de la retirada de las Milicias sobre Madrid. Se perdían los pueblos ante la imposibilidad humana de defenderlos contra la avalancha fascista, que con una enorme superioridad de material nos empujaba. Nuestros mosquetones y las escopetas de los milicianos eran impotentes para contrarrestar el alarde de tanques, baterías y aviación del enemigo. Sin embargo, se defendía el terreno, cuando era posible, palmo a palmo, y nadie puede calcular la cantidad de heroísmo, de sacrificio y de entusiasmo que entonces derrocharon aquellas Milicias bisoñas, improvisadas, sin técnica militar y sin armamentos.

En nuestra compañía venía entonces un muchacho que se llamaba Zenón; había trabajado siempre como instalador electricista, y al que nosotros apellidábamos el Técnico. Era, sin duda, para su clase, bastante ilustrado y un verdadero «maníaco» de la cultura. Para él todo tenía una explicación científica, y se esforzaba en justificarlo to-

LA GUERRA

«Proletarios de todos los países...»

Voces extrañas en Castilla

HOMBRES de la Brigada Internacional. Auténticos voluntarios que dejaron su tierra porque les dio la gana antifascista para defender a España de la agresión de Italia y Alemania. Entre las modulaciones regionales del castellano, lenguas extrañas hacen cada minuto la condenación del fascismo.

Perfiles exóticos—¿no es aquél abisinio?—fraternizan y se mezclan con el trazo sobrio, tallado en tierra parda de barbechos, de los hombres tostados de Castilla o con la piel olivácea de los hombres del Sur. Detrás de cada mirada, de cada gesto, con subrayados de palabras incomprensibles, hay una vida interesante, transida de fervor por la causa democrática y hecha al sacrificio de todas las renunciaciones para que no se le mustien los ojos, fijos desde la infancia en un horizonte de libertad.

Aquí, por ejemplo, en esta posición, hay, entre los españoles que empiezan a ser políglotas, una representación de estos hombres con un amor sin fronteras: polacos, yugoeslavos, checoslovacos, húngaros, albaneses... Y un poco más allá, una buena muestra de la Italia antifascista, que sueña con limar cadenas de tiranía y con la patria lejana, hecha escenario espectacular para las sangrientas teatralidades del dictador. Los polacos están en mayoría. No vienen todos directamente de Polonia. La mayoría tuvieron que dejar sus tierras y sus casas para que no les llegara al cerebro y al corazón la asfixia gubernamental que impide la libre expresión del pensamiento. Han venido de los países más lejanos, de los rincones más remotos, donde ya habían logrado rehacer su vida y abrir el júbilo a una esperanza de vísperas de gozo democrático: de Méjico, de los Estados Unidos, de Buenos Aires, de Palestina... Pero todo lo han dejado para venir a luchar por sus ideales.

Las pequeñas nacionalidades, en primera línea

—¡Qué buen ejemplo de heroísmo son estos hombres!—me dice un comisario español que convive con ellos—. ¡Y qué buen estímulo para la decisión de todos los antifascistas del mundo! Estos hombres, para venir a luchar a nuestro lado, han tenido que vencer los más grandes obstáculos. Pero nada hay imposible cuando la carne está encendida por un deseo firmemente sentido.

—¿Qué países dan mayor contingente de voluntarios?

—Proporcionalmente a la población de cada país, las pequeñas nacionalidades. La mayoría de ellas han sentido ya de una manera solapada cómo se hincaba en su carne la garra del fascismo. Saben que los ojos de Italia y de Alemania están sobre ellas, a la espera de un momento propicio. Y todos los antifascistas de estos países se han dado cuenta de que en España se lucha contra el fascismo internacional. Y al defender la libertad de los españoles, defienden también la de sus respectivas nacionalidades, en las que se plantea, igualmente, un problema de independencia nacional, que ellos defienden aquí. Es el caso, por ejemplo, de Checoslovaquia—el país más amenazado por Hitler—, que ha dado un buen contingente de voluntarios a la Brigada Internacional. Los socialistas y comunistas checoslovacos han hecho sobre los campos de batalla de España la unión estrecha que no pudieron hacer en su país.

Italianos y abisinios, unidos

—¿Cuál es la característica más acusada de los voluntarios?

—La solidaridad. Una fraternidad de hondas raíces que borra todas las fronteras. Hace unos meses, en el Jarama, murieron un soldado español, otro abisinio y un capitán italiano, por rescatar el cadáver de un camarada. Sobre las dificultades de expresión por la diversidad de idiomas, hace milagros la leal camaradería. A los ocho días de convivencia, ya se entienden todos en un lenguaje especial, que ellos inventan con las palabras más corrientes de cada lengua.

Los trabajadores de Polonia, al lado de España

Como la aviación fascista merodea en el cielo limpio de la tarde buscando un lugar propicio sobre el que lanzar sus bombas, hemos entrado en el refugio de una chavola abierta en la tierra oscura. Dentro hay tres ejemplos magníficos de soldados de la Internacional: un polaco, un albanés y un italiano. Cada uno de ellos me

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente MUNDO GRÁFICO recogerá los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.

habla de su vida y de sus afanes. He aquí lo que me dice el polaco:

—Las simpatías del pueblo trabajador de Polonia están al lado del pueblo español, y nuestro batallón es una prueba de ello. Todos hemos venido aquí por nuestra libérrima voluntad, a pesar de la presión y de la ofensiva desencadenada contra nosotros por el Gobierno fascista de mi país. El Gobierno de Polonia y la mayoría de la Prensa—sometida a una mordaza de hierro—, de acuerdo con Hitler, están enviando polacos a Franco, so pretexto de proporcionarles trabajo en Alemania. Figúrate el dolor de estos hombres sin tierra y sin trabajo cuando se dan cuenta del engaño, enrolados a la fuerza en la defensa de una causa que la mayoría no siente. De todo esto tenemos pruebas concretas por cartas de los interesados o de sus familiares. Pero el pueblo empieza ya a darse cuenta de estos manejos. Y con el pueblo no se juega impunemente. Por eso, Polonia considera a los voluntarios polacos que luchan junto al Ejército Popular de España como a sus mejores hijos.

El que acaba de decirme esto es un obrero campesino, con una condecoración de muchos años de cárcel, conseguida en defensa de la causa de los trabajadores.

Del Ministerio a la defensa de la Libertad

El albanés ha sido, hasta el momento de salir de su país, presidente de la Juventud Comunista de Albania. También está llena su vida de paréntesis sombríos en las cárceles de la reacción. Primero, en su país, y luego, en 1927, en Viena, por sumarse al movimiento socialista de aquella ciudad.

—Este y yo—me dice, señalándome a un hombre silencioso que está a su lado—somos los únicos hombres civiles entre los albaneses que luchan aquí. Los demás eran oficiales del Ejército de Albania.

Una pregunta al hombre silencioso:

—¿Qué eras tú antes de ser soldado?

—Secretario del Ministerio del Interior de mi país.

«¿Adónde vas, hijo mío?»

El italiano es hijo de un conocido escritor fascista, que hasta hace poco residió en Buenos Aires. El padre, con la vejez, sintió la tentación de claudicar, y el hijo, ahogando heroicamente todos los impulsos de cariño filial, le afeó su conducta y se marchó de casa.

—Me dolió aquella claudicación—dice—como la ofensa más grande que podía hacer a mi familia. Mi padre había sido, primero, anarquista, y luego, socialista. En Buenos Aires dirigió varios periódicos italianos de estos dos matices. Pero en 1930 se dejó tentar por los emisarios de Mussolini, y regresó a Italia. Algunas veces ha vuelto por Buenos Aires. El día que embarqué para España le vi. Cruzamos muy pocas palabras. Estas: «¿A dónde vas, hijo mío?» Le respondí: «A defender lo que tú has debido seguir defendiendo hasta morir».

En la chavola han empezado a vibrar con pulso nervioso los teléfonos. Fuera, recortados en el azul alto y limpio, siguen zumbando los motores de la aviación fascista. La voz ausente del teléfono debe estar transmitiendo órdenes, porque se callan las conversaciones y hay un rápido desfile de oficiales hacia las trincheras próximas.

ANTONIO OTERO SECO

SECCIÓN DE ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

10 PALABRAS: PTAS. 4,15

CADA PALABRA MÁS: 40 CÉNTIMOS

TAQUIGRAFIA, por Martín Ez-
tala. Redactada forma que hace
innecesario profesor. Sexta edi-
ción, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Li-
brería Moya. Carretas, 37. Madrid.

PARA anunciar en esta sección
dirijase a «Publicitas». Aveni-
da de Pi y Margall, núm. 9, en-
trecuelo.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

APOPLEJIA -PARALISIS-

Angina de pecho, Vejez prematura y demás enfermedades
originadas por la Arteriosclerosis e Hipertensión
Se curan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de ca-
beza, rama o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormi-
gueros, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir,
perida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, he-
morragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desapa-
recen con rapidez usando Ruol. Es recomendado por eminencias
médicas de varios países. suprime el peligro de ser víctima de una
muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso;
sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, con-
tinuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con
el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madr. d. F. Gayoso, Arenal, 2. Barcelona, Segala Rbla
Flores, 14. y principales farmacias de España, Portugal y América

UNA BODA EN MADRID



En el Juzgado Municipal de Madrid número 3 se celebró, el jueves último, el enlace matrimonial de Blanca Alvarez Secades, hija del popularísimo artista «Ramper», con el notable repujador Francisco Mariscal Pérez—incorporado hoy, como sanitario, a la 40 Brigada—. He aquí a los contrayentes, después del acto de la boda, acompañados de los padres de la novia. (Fot. Video.)

Una bandera del S. R. I. a los combatientes



Mercedes Vázquez, madrina de una bandera ofrecida por el S. R. I. (Grupo Octubre) al primer Batallón de Etapas, leyendo unas cuartillas en el acto de entrega (Fot. Yubero y Benítez)

SANGRISÁN

DEPURATIVO

PERFECTO DE LA SANGRE

Venta en todas las farmacias.

LA AYUDA DEL "SOCORRO"

a la población civil de MADRID



El aceite para las familias de los que luchan en los frentes

La ayuda del S. R. I. a los familiares de los combatientes

Sal.....	468 kilos.
Judías.....	1.994 —
Lentejas.....	1.000 —
Pimientos.....	1.000 —
Aceite.....	494 litros.
Repollos.....	2.753 piezas.
Naranjas.....	3.000 —



Por los locales del Socorro desfila estos días una gran cantidad de gente para recoger los lotes de víveres destinados por aquella organización a los familiares de los que luchan (Fots. Vídeo)

Esta ayuda a familiares de combatientes es normal, periódica. Viene funcionando desde que el año comenzó. Como también es normal, por ejemplo, la ayuda a hospitales. Pero, además, hay, a veces, ayudas de tipo extraordinario. Como la realizada también, en este mes último, a favor de familiares de combatientes. Merced a una campaña iniciada y movida por el Socorro, se pudo entregar a esa parte de la población civil ocho mil lotes. Y en estos días, igualmente, se procederá a repartir entre los trabajadores de las industrias de guerra una ayuda de tipo extraordinario. Unos veinte mil lotes serán repartidos por este concepto.

Jornadas de actividad intensa, infatigable, son las de ahora en el Socorro. No cesa el entrar y salir de gente. Consultas y peticiones, el teléfono y la máquina de escribir... Los hombres del Socorro madrileño—el camarada Ramírez, el camarada Cordero, el camarada Rodríguez...—se multiplican para atender los innumerables asuntos cotidianos. No cesa el desfile de gente. Al salir, las buenas mujeres tienen una expresión satisfecha: en la cesta llevan patatas, y aceite, y verduras... Prosa diaria, necesaria, para que el ánimo esté firme y no haya nubes sombrías sobre el corazón.

Se trabaja mucho estos días en el Socorro. Para su obra generosa no hay jornada de trabajo, no hay pausas ni límites en la labor.

—Hasta la una de la noche, muchas veces—dice el camarada secretario de Ayuda—, estoy aquí, entre papeles...

Se trabaja mucho en el Socorro. Pero habrá, en días inmediatos ya, que trabajar más aún. Porque en la calle está ya vibrante y amplía la campaña de Invierno, solicitando la atención de todos.

—Ven por aquí cualquier día de éstos—dicen—, y te hablaremos de lo que será la nueva campaña, de lo que quiere y que, sin duda, conseguirá.

Los hombres del Socorro hablan con la firmeza de saber que su iniciativa y su obra encuentran siempre en la calle un eco fervoroso.

Y A conocéis el emblema del Socorro: un pañuelo junto a unas rejas. Es decir, un signo de alivio y de consuelo junto al sufrimiento, junto a la necesidad.

Para el Madrid de la guerra, un problema de primer plano es el de su abastecimiento. La prosa diaria, necesaria—«tripas llevan corazón» y el ánimo optimista nace del estómago satisfecho—, del aceite, de las patatas, de las verduras, de la carne... ¿Cómo iba el Socorro a sentirse ajeno a esta necesidad de Madrid? ¿Cómo no iban a sentir la callada angustia del problema los hombres que trabajan en esa organización cuyo emblema es un pañuelo junto a unas rejas?

Esta vez, y una vez más, cumpliendo el mandato de su emblema; el Socorro quiere también ser un poco pañuelo para la necesidad de Madrid. Y pone su entusiasmo, su dinamismo y su organización al servicio de ese propósito. Todos estos días podréis ver a las puertas del local central las mujeres a cuyo hogar llega, en este sentido, la acción del Socorro: un poco de aceite, y unas patatas, y unas verduras, y unas judías... La prosa diaria y necesaria que es hoy primer plano de la vida madrileña.

Pero no es sólo de ahora, de estos días, esa acción del Socorro. En todo lo que va de año—once meses ya—

A nuestros lectores

Este número de nuestra revista consta de doce páginas. Siempre que nuestras existencias de papel nos lo permitan, continuaremos presentando la misma cantidad de páginas a nuestros lectores, a quienes renovamos nuestro deseo de poderles dar cuanto antes números de mayor volumen que estos que hoy nos vemos obligados a publicar

ha funcionado constantemente un Servicio de Ayuda a la Población Civil. Se dan tarjetas, valederas por siete semanas, a familias de combatientes. He aquí, por ejemplo, lo que en este mes último de Noviembre ha repartido el Socorro a familiares de combatientes:

Patatas.....	12.992 kilos.
Arroz.....	704 —
Garbanzos.....	463 —
Azúcar.....	358 —
Cebollas.....	550 —
Leche en polvo.....	110 —
Moniotes.....	600 —

El humor y la guerra

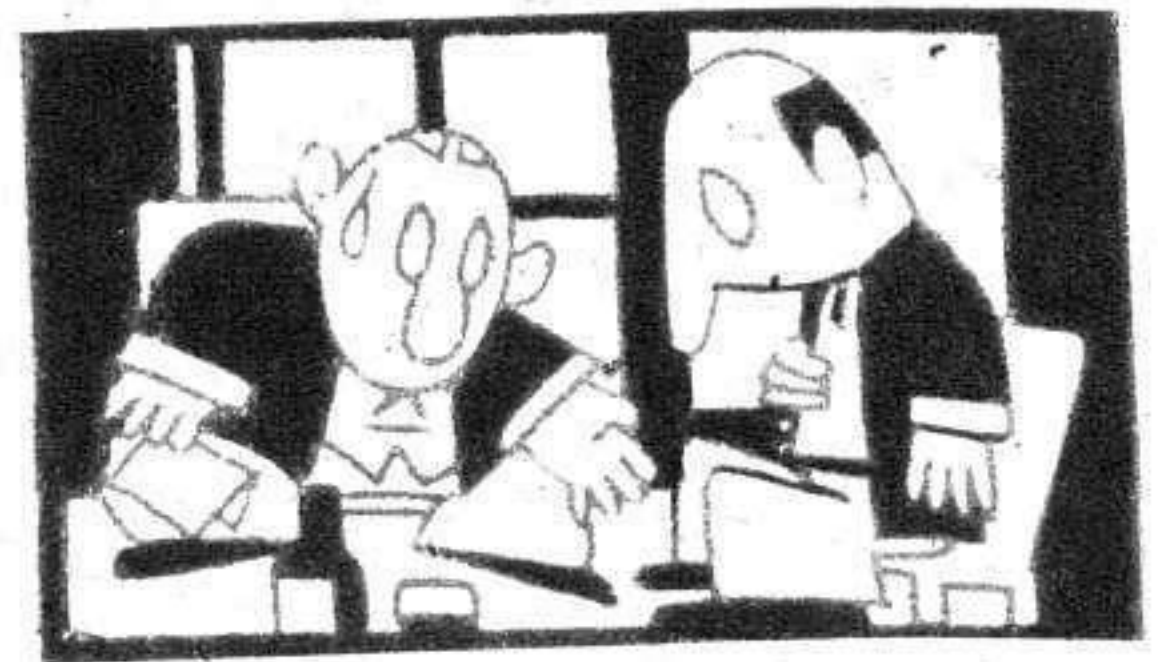


GOD



EL FAQUIR PRUDENTE

—¿Entonces no vas ya a Europa?
—No. Esto es un lecho de rosas comparado con
aquello.
(De «Pan».—Chile)



EN EL CLUB

—El Comité de No Intervención encomienda a las
flotas suiza y checoslovaca el control de las costas
checoslovacas...
(De «L'Oeuvre».—París)

CADA LOCO CON SU TEMA.

—Y pensar que hay tontos que se apasionan por la
entrevista Halifax-Hitler...

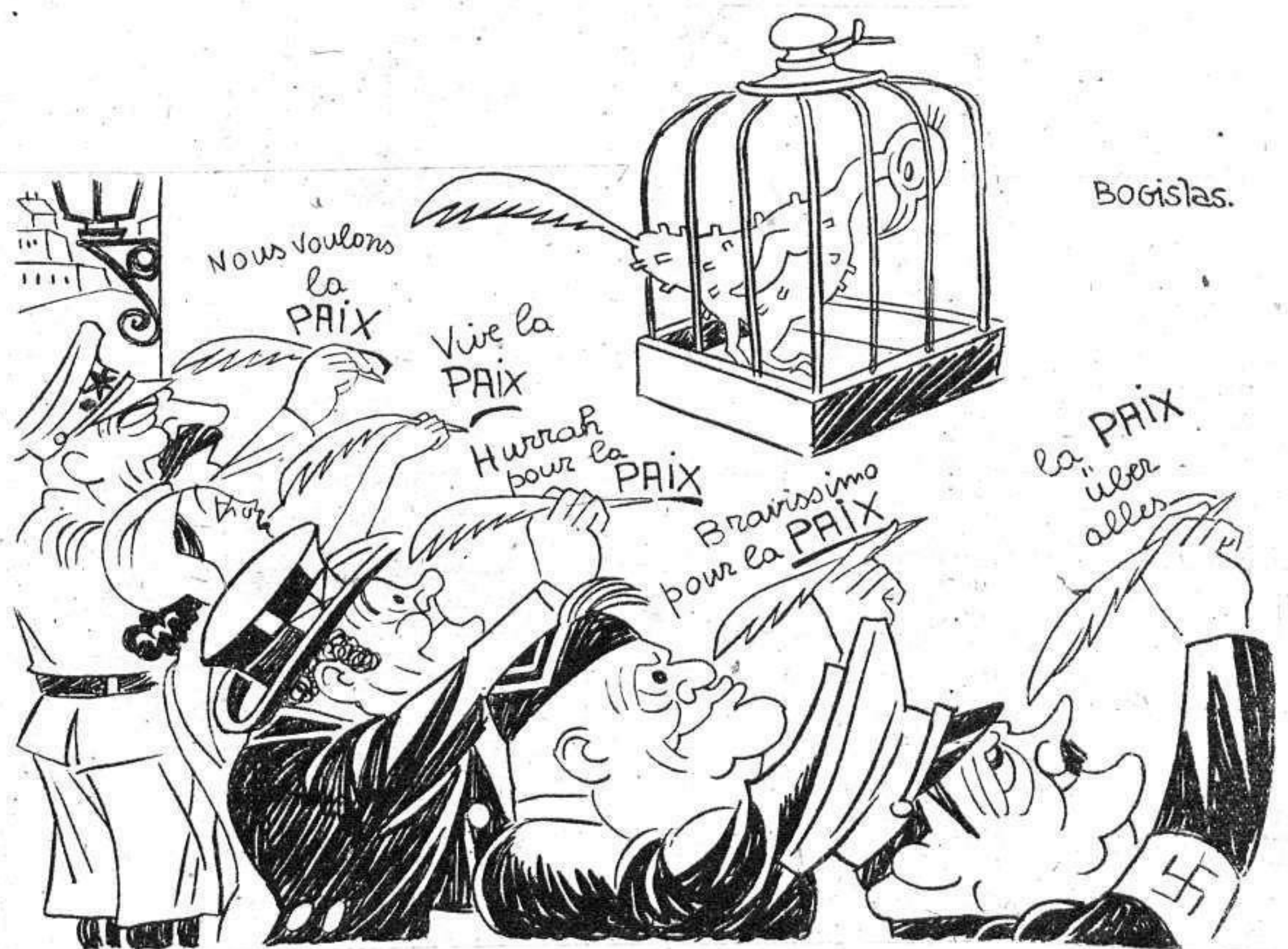
(De «Le Merle Blanc»)



S. D. A. N.

En su último discurso, Herriot declaró que la Sociedad de Na-
ciones era, en realidad, una Sociedad de Algunas Naciones.
—Se podría cambiar la A por una D. Y resultará: So-
ciedad de Dos Naciones.

(De «Le Rires»)

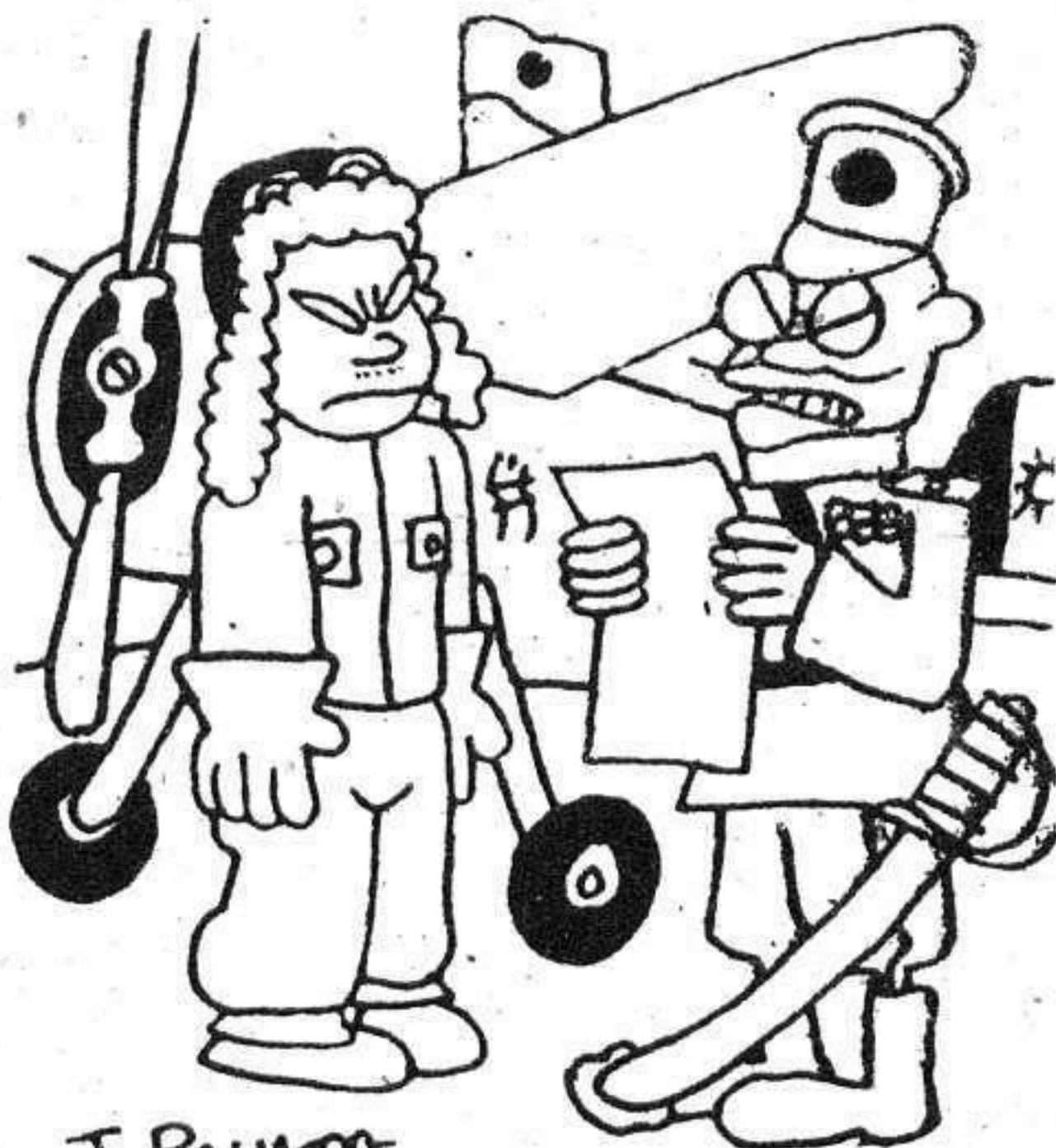


Bogistas.

ARMISTICIO 1937

—La paloma.—¿Para quién será mi última pluma?

(De «Le Rires»)



J. Prunier

PACIFISMO JAPONÉS

—Envíe dos o tres nue-
vas proposiciones de paz
a los chinos.
—¿De qué calibre, mi
capitán?

(De «Marianne»)



La Conferencia del
Pacífico
o
La Góndola de las Qui-
meras.
(De «Le Rires»)

KARZOU 37



La salida de los evacuados

de la guerra, reflejándose en la economía, lo ha convertido en un problema de Asistencia Social. Tanto como una cuestión de guerra es una preocupación de solidaridad espiritual y de auxilio material. No basta sacar de una ciudad en peligro a cierto número de habitantes, sino que hay que atenderlos en los lugares de refugio, ayudarles a resolver su vida. Ya no se puede confiar todo, como en los primeros tiempos, a la espontánea solidaridad de los pueblos. El número de refugiados es cada vez más denso, y es misión del Gobierno impedir que se conviertan en una carga excesiva para nadie. En este sentido de considerar la evacuación como un deber de Asistencia Social se orienta ahora el Gobierno. Una de sus primeras preocupaciones es la de transformar las primeras colonias infantiles y suprimir los orfanatos, dándoles una nueva organización de tipo familiar, distribuyendo a los niños en casas particulares, para que hagan vida de hogar, evitando así los forzosos inconvenientes de las grandes concentraciones.

Para contribuir en lo posible a esta obra, hemos he-



← Los controles de la evacuación en las entradas de Madrid

La alegría de los chavales madrileños en una de sus Residencias levantinas



LA conmemoración de la gloriosa defensa de Madrid ha alcanzado, en justicia, a todos los puntos de la geografía espiritual de nuestro pueblo. Han sido exaltados, como ejemplo y estímulo, todos los valores materiales y morales que Madrid ha aportado a la guerra: las figuras señeras, que ya son carne de Historia, y las masas anónimas, ingentes, que con bravo sacrificio se lanzaron a la lucha, haciendo posible aquellas jornadas victoriosas de Noviembre.

Faltaba el recuerdo, el homenaje a otra multitud de héroes callados, anónimos, que con su conducta cívica, con su espíritu de renunciación, aportaron una colaboración considerable a la defensa de Madrid: los evacuados, los que, dando ejemplo de ciudadanía, obedecieron las consignas de los partidos y las exhortaciones oficiales, y evacuaron Madrid para facilitar la labor de los dirigentes de la guerra.

Heroísmo no por silencioso menos patético. Para el madrileño, nativo o de adopción, abandonar Madrid es siempre un sacrificio doloroso. Al poco tiempo de vivir en ella, ya se lleva en las venas sangre de la ciudad acogedora y cordial. La separación es un desgarramiento espiritual.

Sin embargo, han sido millares y millares los habitantes de Madrid que, por disciplina ciudadana, por obediencia patriótica, por amor a Madrid, salieron de él en éxodo triste, afrontando privaciones y molestias. Era su manera de colaborar en la lucha, de prestar auxilio a la ciudad mártir y heroica, de sumarse con un sacrificio hondo y callado al magnífico sacrificio de sus defensores.

Manuel Encinas, el delegado de Evacuación de Madrid, ha tenido la iniciativa de rendir un homenaje, que sea, a la vez, generoso auxilio, a los que, evacuados de Madrid, sufren nostalgias y vicisitudes, refugiados en los pueblos de la España leal.

Quizá nadie como Manuel Encinas puede calibrar ese sacrificio de los que se fueron. Encinas conoce a fondo el trabajo ímprobo, las enormes complejidades humanas y materiales que representa el problema de la evacuación de Madrid. Cada día la aplicación de las leyes que lo ordenan suscita episodios que la letra de la ley no previe-



← La salida de los evacuados madrileños, que se dirigen hacia las zonas alejadas de la lucha
(Fots. Videá y Vidal Corella)

ne y que hay que resolver con un espíritu de comprensión, de bondad y cordialidad profundamente humanas.

Manuel Encinas, que realiza infatigablemente esa labor, erizada de dificultades, sabe bien cuánto debe Madrid a sus evacuados y la gratitud y la admiración que merecen.

El delegado de Evacuación nos explica la forma práctica del homenaje:

—Hemos iniciado—nos dice—, con motivo de la conmemoración de la defensa de Madrid, una campaña de solidaridad hacia los evacuados de todas las regiones. El sacrificio de los millares de españoles a los que la guerra ha impuesto un éxodo triste, merece admiración y auxilio. Esta Delegación ha editado unos «Sellos de Ayuda a los Refugiados», de diez y veinticinco céntimos. Estos sellos constituyen una especie de contribución voluntaria, que confío ha de encontrar gran acogida por parte de todos. Cada día es necesario imprimir mayor actividad a la evacuación de las ciudades que, como Madrid, son objeto principal de la codicia enemiga, y para facilitar esta finalidad, debemos aminorar las privaciones y molestias que sufren las personas que dejan sus hogares.

—El problema de la evacuación—sigue diciéndonos, con certera visión de la realidad, Manuel Encinas—no es ya sólo una cuestión de desplazamiento de masas civiles. La duración

cho la emisión de «Sellos de Ayuda a los Refugiados». Los estamos ya utilizando en todos los documentos de esta Delegación: expedientes, certificaciones, salvoconductos, etc., y han tenido muy buena acogida. Pero a esto, naturalmente, no se limita nuestra intención. Tenemos la esperanza de que todas las personas de sentimientos humanitarios, los Sindicatos, partidos políticos, organizaciones, talleres, fábricas, cuantos se afanan por colaborar en las dificultades dramáticas de estas horas que vivimos, cooperarán activamente a esta campaña, adquiriendo nuestros sellos, como una prueba eficaz de solidaridad con los compatriotas que, por facilitar el triunfo de nuestra causa, abandonaron sus hogares y sufren privaciones y molestias en los pueblos de la España leal.

Madrileños, antifascistas, españoles todos: Comprad el «Sello de Ayuda a los Refugiados» es para nosotros un imperativo moral. Una pequeña contribución de guerra como homenaje y beneficio de los que, para ayudarnos a ganar la guerra, hicieron el doloroso y callado sacrificio de abandonar sus hogares.



La salida de los chiquillos, que se ven dichosamente libertados del dolor de la guerra

LOS ESCENARIOS DE LA GUERRA		He aquí algunos de los mapas publicados por MUNDO GRAFICO:
Frente de Córdoba. Sector de Pozoblanco-Peñarroya		(7 de Abril)
Frente de Huesca		(21 de Abril)
Frente de Teruel		(28 de Abril)
Frente de Córdoba y Jaén		(5 de Mayo)
Frente del Jarama		(12 de Mayo)
Frente del Tajo		(19 de Mayo)
Frente de Somosierra		(2 de Junio)
Frente de Navacerrada y Segovia		(9 de Junio)
Frente de Albarracín		(4 de Agosto)
Frente de Granada		(11 de Agosto)
Frente de Aragón		(18 de Agosto)
Frente Sur. Sector Pozoblanco-Peñarroya		(29 de Septiembre)
Frente del Alto Aragón		(6 de Octubre)
Frente del Centro		(3 de Noviembre)
Frente de Levante		(10 de Noviembre)
Frente de Guadalajara		(17 de Noviembre)

HISTORIAS DE NUESTRA GUERRA

IX

PALABRAS DE VIEJO

La lluvia, tenaz y fría, calaba hondo en la tierra y convertía el campo en un inmenso lodazal. El llano mundo, sin señal de rastrojera, parecía un desierto. Gravitaba sobre él un silencio denso, y tenía un aspecto gélido, desolado. La lluvia, flagelada por el viento, danzaba en telones grises, desfilándose en los altozanos. El campo parecía muerto, abandonado. Pero de vez en cuando, no se sabía de dónde, saltaba un disparo. Una nube de humo, a ras de tierra, que la lluvia deshacía rápidamente... Era la única señal de la profunda, dramática vida interior de aquel campo que parecía desierto. La vista no acusaba la presencia humana. Y, sin embargo, allí estaba palpitante, con toda su sombría expresión de acecho y de muerte, el drama más terrible: la guerra.

Los hombres se habían convertido en topes. Estaban allí y no se les veía. Las trincheras zigzagueaban frente a frente por todo el campo. Eran venas profundas en que, invisible desde la superficie, la vida palpitaba. El silencio era amenaza y vigilancia. Aquel campo triste, fangoso, aterido, llevaba en sus entrañas, como el surco labrado en el otoño, ocultas las semillas. Eran hombres. No se veían, y serían acaso muchos centenares, con sus armas, con sus dolores, con sus ansias. Eran terriblemente impresionantes el silencio, la hosca soledad de aquella tierra que se sabía dotada de una poderosa vida interior. Bastaría el menor ruido, la menor alarma, para que el desierto se poblara de explosiones, de gritos y de furia.

En la chavola, madriguera rudimentaria, vivienda troglodita, cueva ahondada en la tierra húmeda, descansaban unos soldados. Por único horizonte, el muro de la trinchera encharcada, en la que la lluvia cantaba tozudamente.

—¡Qué aburrimiento estos días!—dijo uno.

—¡Buenos para estar en Madrid, en el café!

—A mí me gustaba—evocó un tercero—sentir llover sobre el tejadillo de cinc de mi fragua.

—Cuando yo salía a trabajar al campo—comentó otro—me gustaban también estas tardes. Dejaba la yunta en el cobertizo, y veía caer el agua con alegría. Abrandaba la tierra y era buena la sementera.

—La verdad es—sentenció otra voz—que en cualquier parte estaría uno mejor que aquí.

El comisario de la compañía dijo entonces:

—Se puede estar bien en todas partes. Pero donde los hombres están mejor, llueva agua o lluevan balas, es donde están cumpliendo con su deber.

Vibró como un reproche la voz. Se hizo un hondo silencio. Y para disipar el efecto de la admonición, el comisario contó a los camaradas que le escuchaban atentos:

—Os voy a decir una de las cosas que más me han impresionado de la guerra. Estábamos ocupando un pueblecito y lo defendíamos de un ataque duro. El duelo de los cañones había durado, desde el amanecer, más de tres horas. Y mientras, la aviación enemiga nos hizo dos visitas. Por fortuna, los pajarracos negros derrocharon en balde su cargamento, porque sus bombas cayeron todas en las huertas y sembrados de las afueras del pueblo.

Por fin se hizo un relativo silencio, aunque de vez en cuando, en unas lomas distantes, repiqueteaban las ametralladoras facciosas.

Por orden del Mando salí con mi compañía a hacer un reconocimiento por las cercanías del pueblecillo. Ibamos con precauciones, porque por algunos sitios el camino estaba batido por el lejano fuego enemigo. En la carretera había algunos hoyos de granadas y bombas. Hacía una espléndida mañana de sol, de esas en que parece imposible que la guerra exista y los hombres se maten.

En una hondonada había una huertecilla. Y nos ex-

trañó mucho ver a un hombre que, tranquilamente, trabajaba encorvado sobre la tierra, sin alzar la vista de su tarea. Las balas, de vez en cuando, pasaban altas, silbando por encima de él. A unos doscientos metros de la huerta habíamos visto el brocal de un pozo destrozado por una de las granadas que habían llovido por allí durante más de dos horas.

Llenos de curiosidad nos acercamos al hombre, que, aunque nos vió acercarnos, continuaba impertérrito su trabajo.

Era un viejo pequeño y enjuto, curtido por el sol; uno de esos labriegos de Castilla que parecen amojamados y tienen en la cara y en el cuello un mapa de arrugas profundas.

—¿Qué se hace, compañero?—le preguntamos.

—Ya lo veis: atando las lechugas para cogerlas esta tarde o mañana.

—¿Desde qué hora estás aquí?

—Desde la amanecida. Ahí detrás de esa loma tengo una casilla y pasé en ella la noche para empezar con

la fresca y acabar la tarea antes de que apretara mucho el sol.

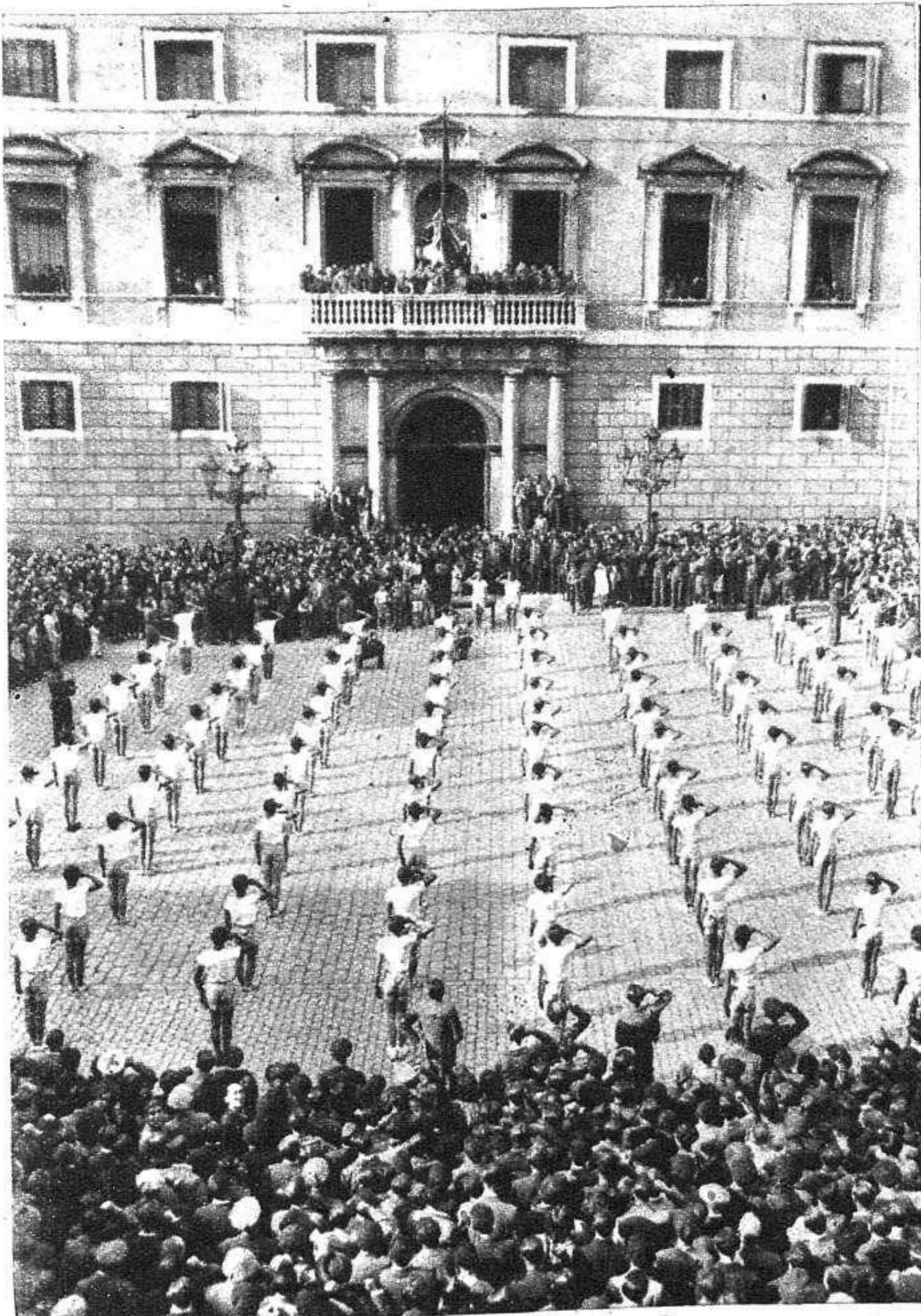
—Entonces—le interrogué—, ¿has aguantado aquí todo el combate? Te han podido hacer cisco.

Y el viejo, con voz serena, sin la menor afectación en sus palabras, con esa sencillez magnífica de la verdad, contestó:

—Mira, compañero: tengo un hijo que se enroló voluntario en las Milicias desde el principio de la guerra. Ahora hace más de un mes que no sé de él. Supongo que donde él está, también habrá muchos tiros, y estoy seguro de que no por eso el muchacho dejará de cumplir con su deber. El mío es cuidar la huerta, y cuando tengo faena, no la dejo por nada del mundo.

Eso dijo el viejo. Sin énfasis, nos había explicado la mejor lección de civismo. Y la consigna de guerra más admirable. Que cada uno cumpla su deber, pase lo que pase. Ese es el secreto de la victoria.

JUAN FERRAGUT



LA EDUCACION PREMILITAR EN BARCELONA

Los muchachos que están aprendiendo en Barcelona la educación premilitar desfilaron, hace unos días, por las principales calles de Barcelona y realizaron, ante el edificio de la Generalidad, varias interesantes demostraciones gimnásticas. He aquí dos momentos de este festival deportivo militar

(Fols, Torrents)

La vida, el amor y la muerte de

“Mata-Hari”

XIV

HACIA LA MUERTE...

El indulto que no llega

CERCA de tres meses tarda en ser cumplida la sentencia. Durante ese tiempo, el abogado defensor pone en juego todos los recursos posibles para salvar a *Mata-Hari*. Y todos van estrellándose ante la firme voluntad de que la condena sea cumplida.

Clunet apela contra la sentencia, y es rechazada la apelación. Fracasada ésta, recurre a la petición de indulto. Tampoco este recurso logra resultado. Figuras destacadas de los países neutrales piden al Presidente de la República, M. Poincaré, el perdón de la condenada. Mas el Presidente no cree que debe indultar a una mujer de la que se dice que «ha hecho perder una división al Ejército de Francia».

Pasan los días para *Mata-Hari* en esta espera torturante del indulto que no llega. Las horas son para ella mitad angustia y mitad esperanza. Cada vez que el abogado defensor la visita, en los ojos de la bailarina se refleja una pregunta impaciente, temblorosa, en la que va toda la vida. Clunet quiere poner en sus palabras un acento de confianza y de fe. Pero hay algo que le delata, algo que *Mata-Hari* comprende demasiado bien. El buen viejo no acaba de traer a la bailarina la noticia

esperada. Y en tanto, los días pasan. *Mata-Hari* contempla dolorosamente cada nuevo amanecer. Cada día es un día más hacia la muerte.

El despertar de «Mata-Hari», aquel amanecer de Octubre...

El lunes 15 de Octubre, al amanecer, un grupo entra en la celda que ocupa en la Cárcel de San Lázaro la bailarina. Lo forman militares, hombres de Justicia, carceleros. Son los encargados de trasladarla a Vincennes.

Es el día señalado para el cumplimiento de la sentencia.

Al abrir la puerta de la celda, el grupo ve que *Mata-Hari* y otras dos presas, que han sido colocadas junto a ella para que la vigilen, están durmiendo profundamente.

El oficial que ha de comunicar a la bailarina la llegada del momento terrible no conoce a *Mata-Hari*. Queda silencioso, indeciso, ante los tres lechos, sin saber a cuál de las tres mujeres ha de dirigirse.

—¿Cuál es, Hermana?—pregunta en voz baja a una de las Hermanas de la Caridad que van en el grupo: la Hermana Leónidas.

La religiosa está temblando, emocionada. Y responde con una voz trémula:

—La de en medio...

El oficial se adelanta hacia el lecho señalado. Zarenda unos instantes a la mujer.

—Margarita... Margarita...

Mata-Hari abre los ojos.

—Tenga, valor... El Presidente de la República ha denegado su indulto... Ha llegado el momento de la expiación...

En los bellos ojos de la bailarina se pinta el espanto. Se incorpora rápidamente. Mira a un lado y otro de la celda. Ve aquel grupo que está ante ella en silencio. Por su mirada absorta pasa una ráfaga de locura. Quiere hablar, y no puede.

Por fin, unas palabras surgen de sus labios, como expresión de la tremenda angustia del instante:

—¡No es posible!...

Está sentada en el lecho. Su mirada atónita recorre aquellos rostros que ve en la celda. Una luz extraña brilla en los ojos febriles. Sus labios repiten, como una obsesión:

—¡No es posible!... ¡No es posible!... ¡No es posible!...

«Cuando ustedes gusten...»

Pero se rehace en seguida. Y es de nuevo la mujer firme y tranquila de antes, la que ha vivido serenamente sus días de prisión a lo largo de tres meses. Tres meses que han pasado como un sueño y durante los que ella, entre los muros de la celda, recordó una y mil veces la novela aventurera de su propia vida: su adolescencia provinciana, su matrimonio por amor, su vida en ambientes exóticos, su desventura conyugal, sus días de miseria y de triunfo, sus bailes, su gloria, su dinero, sus amantes, su casa de Neuilly... Todo un mosaico de horas distintas e intensas que ahora, en el instante de la suprema desgracia, se agolpan ante ella en una visión calenturienta y febril, de pesadilla.

Dueña otra vez de sí misma, comienza a vestirse. El grupo que por ella viene se ha retirado de la celda. Quedan con *Mata-Hari* la Hermana Leónidas y las otras dos presas compañeras de prisión. La Hermana Leónidas la ayuda a vestirse. La bailarina lo hace reposadamente, y nada en ella refleja que se está vistiendo para ir hacia la muerte. Ese traje que ella se pone ahora será su mortaja.

Esta serenidad, esta despreocupación son más firmes a medida que va vistiéndose. Elige las prendas y los colores cuidadosamente, como si fuera a ir de paseo o de fiesta. Ni aun en este supremo instante huye la coquetería del alma—tan femenina—de *Mata-Hari*.

Habla risueñamente a la Hermana Leónidas, pidiéndole las prendas que quiere llevar.

—Deme ese vestido azul... Es el de más abrigo, y la mañana está fresca... Esos zapatos, también... Están aún sin estrenar. Quiero ir bien calzada...

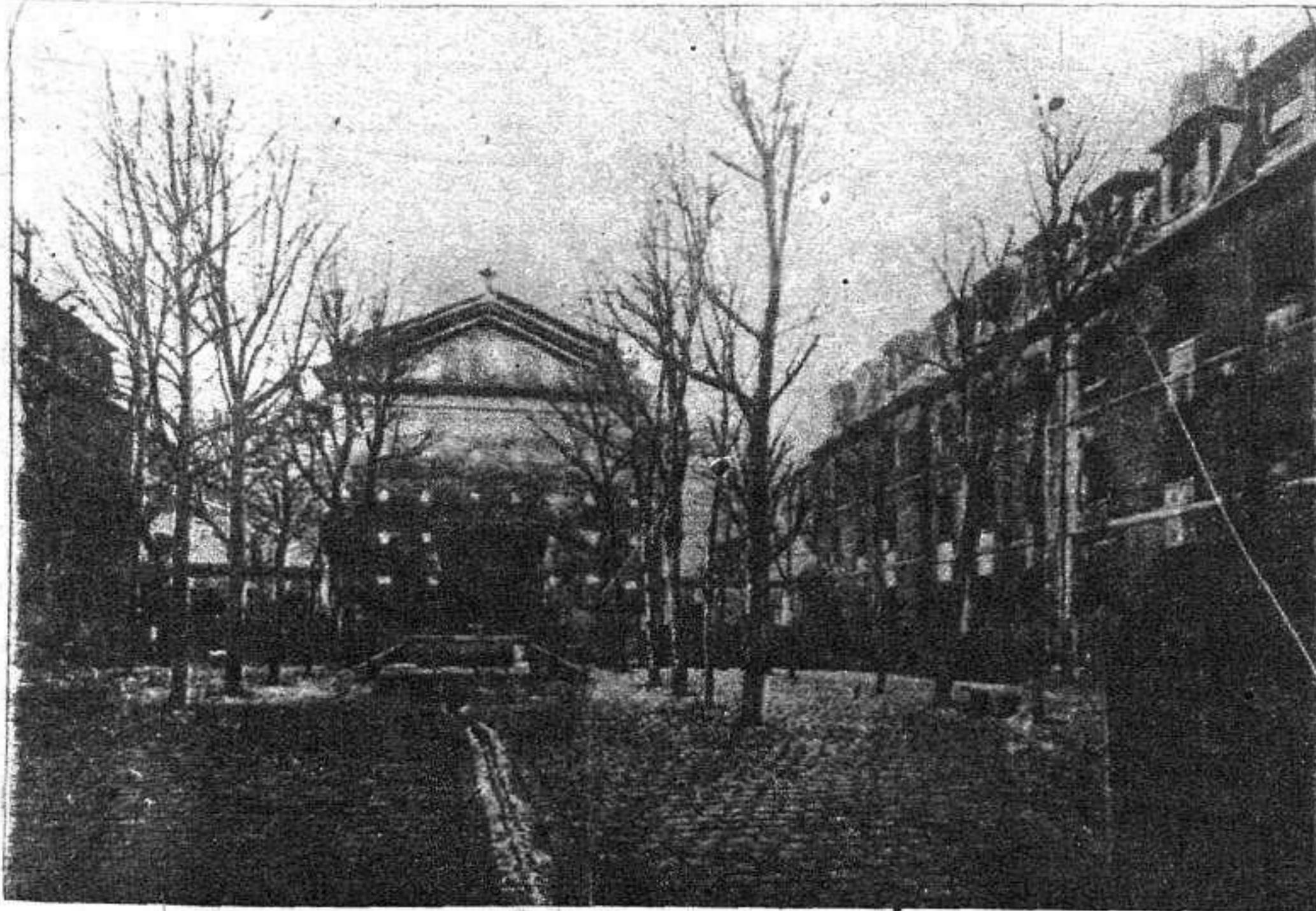
Ya está vestida totalmente. Se empolva la cara, se pasa por los labios la barra de carmín.

Se pone los guantes, antes de disponerse a salir. Cuando ya se los ha abotonado, se vuelve hacia el grupo que la está esperando a la puerta de la celda. Tiene un gesto sereno y una voz suave y tranquila.

—Cuando ustedes gusten...

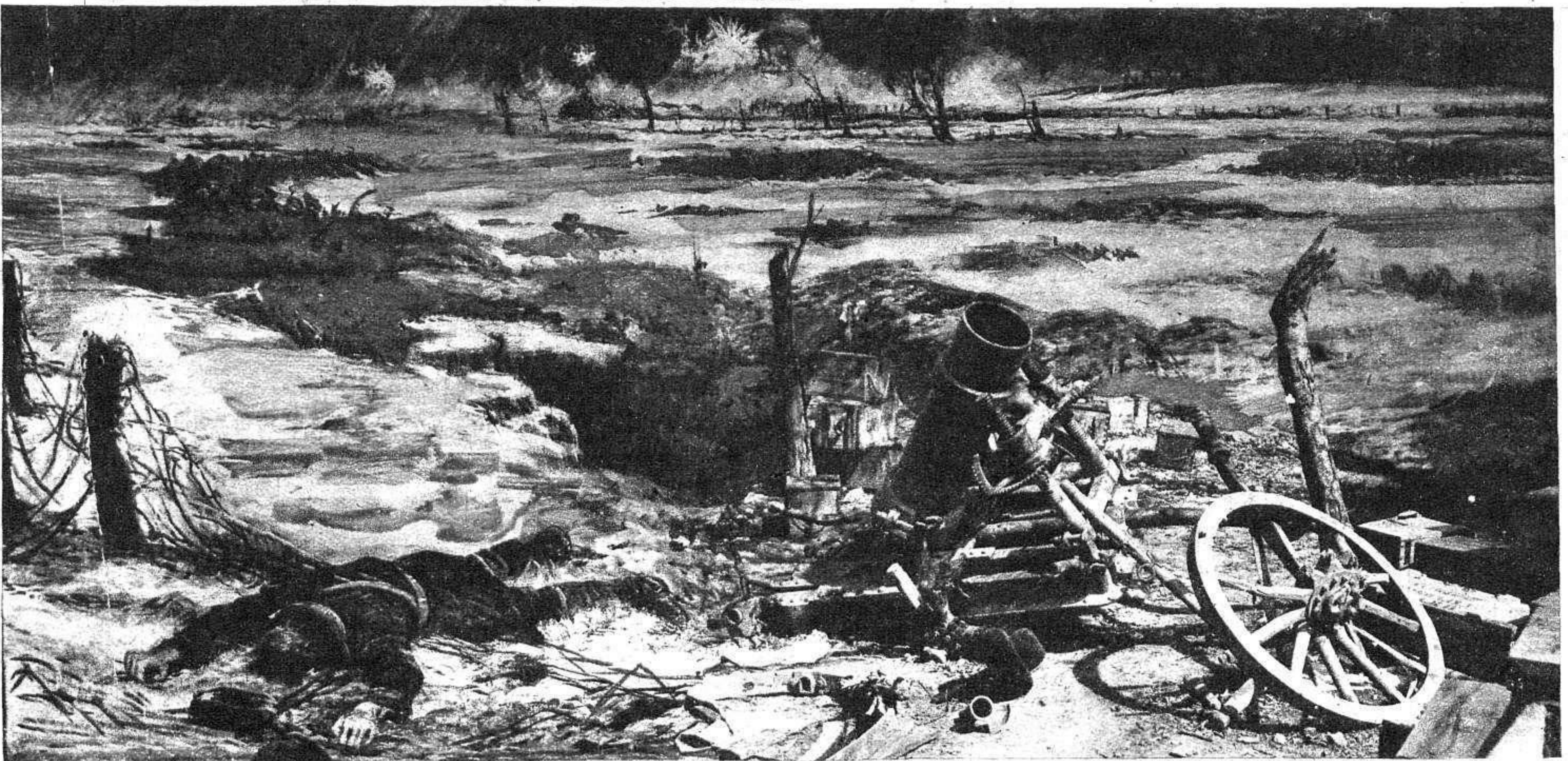
En el próximo número:

XV. — La bala en el corazón



La prisión de San Lázaro, en París, donde estuvo «Mata-Hari» hasta el día en que fué conducida, para su fusilamiento, al Póntico de Vincennes, cumplimiento de la sentencia de guerra que la condenó a muerte

El campo de batalla después de un combate de la Gran Guerra. Quizá tras este paisaje de desolación se perfila la sombra de una mujer. Porque a «Mata-Hari» se le acusó de haber causado, merced a los informes que facilitó al Espionaje alemán, la pérdida de toda una división del Ejército francés, en una batalla...



Mientras se recuerda
a los caídos



La ceremonia del 11 de Noviembre en Londres

1918-1937

Como todos los años, los pueblos han recordado ahora, entre desfiles militares y minutos de silencio, el día aquel en que sobre el suelo de Europa cesó el estruendo de los cañones, tras cuatro años de ronco vibrar infatigable. El Día del Armisticio ha sido recordado emocionadamente. Las heridas de la Gran Guerra están recientes aún, y son muchos los que vivieron aquel horror y tienen de la contienda un conocimiento real y dramático, no un conocimiento adquirido en las páginas de *El fuego* o de *Sin novedad en el frente*.

Acaso, desde que acabó la guerra, aquel 11 de Noviembre de 1918, nunca la celebración del Armisticio tuvo un tan profundo sentido como hoy. Porque nunca como hoy, transcurridos casi veinte años, fué tan cierta y tangible la amenaza de guerra sobre Europa. Otra vez nubes sombrías sobre el cielo del viejo Continente. Otra vez intrigas diplomáticas, ambiciones sueltas, rencores sordos bajo palabras hábiles. El diablo, en su madriguera, ríe ante el nuevo probable festín de carne humana, mientras se guardan minutos de silencio en homenaje a los caídos de ayer. La guerra vuelve. Nadie verá con más espanto su retorno que los que ya la vivieron hace veinte años: los combatientes, los huérfanos, las viudas, los que—luto o sangre—unieron su vida para siempre a la tragedia.

Bajo este miedo de la guerra, era lógico que en este año la recordación del Armisticio tuviera—para todos—una más honda emoción que nunca.

En la plaza de la Estrella

Como todos los años, han sido innumerables las ceremonias en homenaje al Soldado Desconocido, símbolo de todos los soldados muertos en la lucha. Inclinar de banderas, ramos de flores, desfiles militares. En la plaza parisina de la Estrella, en torno al Arco de Triunfo, una multitud apretada, compacta, se sintió fundida en el apasionado recuerdo unánime. Un petardo, disparado desde lo alto del Arco del Triunfo, a las once en punto de la mañana, señaló el comienzo del minuto de silencio. El minuto que guardan, simbólicamente agrupados en torno a la tumba, desde el Presidente de la República al último pilluelo de la ciudad, desde el general al corneta, desde la madre que perdió sus hijos en la lucha hasta la muchacha en flor que ve coincidir su primavera con este año tumultuoso de 1937.

Un minuto de silencio absoluto, hondo, que, paradójicamente, se escucha, de tan intenso. Cuando ya ha pasado, comienza el desfile. Y después, sobre la tumba del Soldado Desconocido, flores, flores, flores. Todo el

UNA VOZ REBELDE Y SINCERA En LONDRES, ante la tumba del Soldado Desconocido



corazón de Francia sobre aquel sepulcro simbólico, en el que montan la guardia los camaradas de los caídos hace veinte años.

Ante el cenotafio de Londres

La misma máxima solemnidad—oficial y popular a la vez—ha tenido en Londres la recordación del Armisticio. La ceremonia tiene todos los años en la capital inglesa un fondo severo y solemne, un acento de sobriedad y de gravedad. Al gran desfile conmemorativo han asistido el rey y la reina, la reina madre, los hermanos del monarca, el Gobierno, los jefes del Ejército y la Marina, los representantes de los Dominios y de las Colonias.

Muy poco después de las once de la mañana, el rey depositó una corona en el cenotafio. Tras él, otras fueron depositadas por el Gobierno, por los jefes militares, por las distintas Delegaciones presentes en la ceremonia.

A continuación se celebra una ceremonia religiosa ante la tumba del Soldado Desconocido. Es el doctor Winnington, obispo de Londres, el que dice la misa. Y tras esta ceremonia, la señal para el comienzo de dos minutos de silencio en recuerdo de los miles de caídos en la guerra. Otro silencio absoluto, que guardan también desde el rey al último soldado.

Una voz rebelde

Y en este silencio tenso, emocionado, bajo la pesadumbre inmensa de los millares de muertos, se oye, de pronto, una voz. Una voz que desgarrá estridentemente el gran silencio de White Hall en esta mañana de Noviembre. Surgen tres palabras, como un grito de protesta.

—¡Todo es hipocresía!

Revuelo, sorpresa, miradas que se vuelven, estupe-



Las banderas de los regimientos que lucharon en la Gran Guerra, en el desfile del 11 de Noviembre, en París

Los mutilados de la Gran Guerra al desfilar ante la tumba del Soldado Desconocido, en la plaza de la Estrella, en París

factas, hacia el sitio de donde ha salido aquella voz. Ya la Policía está en acción. El perturbador es detenido, alejado de allí.

Pero inmediatamente, casi al mismo tiempo, otro desconocido grita, entre el asombro de la multitud, que por primera vez en muchos años ve que alguien se atreve a romper el silencio en recuerdo a los caídos.

La Policía se echa instantáneamente sobre el desconocido; pero no puede evitar que su grito de protesta haya sido escuchado por muchos y corra de boca en boca, dicho de unos a otros.

—¡Estáis preparando deliberadamente la guerra!

Este ha sido el nuevo grito rebelde. El que lo ha lanzado cae al suelo, derribado por la Policía. Con la mano le tapan la boca, para obligarle a callar, para que no continúe gritando, para que la ceremonia pueda seguir.

Los agentes se llevan a los detenidos. Se extingue el rumor de los comentarios y las hablillas. Ante el cenotafio del anónimo soldado inglés caído en la lucha continúa la ceremonia de recordación del Armisticio.

Voces rebeldes se han atrevido en este año a romper en Londres el silencio de homenaje a los caídos. Esas voces decían, sin embargo, en voz alta, la verdad que muchos llevan calladamente en su espíritu. Ellas traducían el sentimiento de millares de hombres en esta hora. Se recuerda a los muertos mientras se prepara una nueva mortandad. Se habla de los caídos y se cavan nuevas fosas. Se celebra el Armisticio mientras se organiza otra guerra. Paradoja tremenda, que un hombre cualquiera—encarnación en ese instante de millones de hombres—ha dicho ante el rey y ante la multitud, en el silencio profundo de la mañana del 11 de Noviembre.

Este número ha sido visado por la Censura

Lo que el hombre inventó contra el hombre

La guerra química

La guerra española, cuyas emanaciones han ido enrareciendo con sustancias bélicas la atmósfera del mundo, abre las miradas curiosas de la Humanidad a cuanto constituye un medio de morir y matar perfeccionado, sobre el impulso instintivo del primer homicida, por los progresos científicos de la inteligencia del hombre. Curiosidad por la artillería más pesada, de mayor potencia y de máximo alcance, que puede superar aquellos obuses alemanes del 42, y aquellas piezas del 7,5 francesas, que durante la Gran Guerra de 1914 hicieron retemblar con sus explosiones hasta los horizontes más alejados. Curiosidad por la aviación armada, cada día ambiciosa de nuevos records, que puede transportar a través de centenares de kilómetros, en vuelo directo, mil kilogramos de trilita o de dinamita, con los que convertirá en un montón de escombros un pueblo. Pero entre todos los elementos de guerra de nuestra época, los gases son el orgullo de Caín. Como si después de la guerra química el hombre contra el hombre ya no hubiera podido hacer más. Pero la guerra química atribuida a los laboratorios de la Alemania de Guillermo II, al servicio de una ambición imperial, no tiene un origen tan moderno. Más vieja que la guerra aérea, y que la artillería, y que el fusil con carga por la recámara.

En las luchas entre los hombres, acaso uno de los más antiguos medios de destrucción.

Las primeras agresiones químicas

Primero fueron los humos producidos por la combustión de pez y azufre, de los que nos habla la Historia en sus relatos de la guerra del Peloponeso por los espartanos, cuatrocientos años antes de J. C. En torno a las ciudades sitiadas, el enemigo iba cerrando un cerco de aquellas materias, a las que ponía fuego, de entre cuyas lenguas flamígeras se elevaban espesas oleadas de un humo irritante, insoportable para las gargantas y los ojos.

Conducidos hábilmente estos humos por galerías a favor del viento hasta el mismo pie de sus muros, se rindió Ambracia (ciento ochenta y siete años antes de J. C.) a un sitiador que no pudo tomarla por las armas.

Todavía era el viento el elemento inductor de las agresiones químicas, que no podían realizarse cuando soplaban en una dirección distinta a la del enemigo. Hasta el año 600, en que el general Callinico Sirio utilizó, en Constantinopla, una mezcla de pez, petróleo, resina y azufre, que, hirviendo, hizo lanzar en recipientes metálicos sobre fuerzas superiores en número y en armas a las propias; pero que ante aquella agresión hu-

yeron, dejándose importantes pérdidas sobre el campo, víctimas de la asfixia.

El Tratado de guerra de Hassan Abrammach

En 1275, el árabe Hassan Abrammach escribió ya un Tratado de guerra, en el que hacía referencia a las agresiones químicas y distinguía entre materias irritantes y materias ígneas, y aun daba la fórmula de un combinado tóxico compuesto de opio y arsénico. Años después, un químico alemán inventaba unas cápsulas, que debían ser lanzadas al espacio, y que al explotar en el aire se diluían en la atmósfera, envenenándola. La guerra química tenía sus formularios y cubría ya los campos de batalla con el peligro terrible del gas.

Los hugonotes del Delfinado concieron también unos gases asfixiantes, con los que, cuando se habían refugiado en las cavernas, los combatió el inquisidor. Pronto iba ya a emplearse en las luchas de hombres contra hombres el «fuego feniano», producido por una disolución de fósforo en sulfuro de carbono, que se utilizó por los insurrectos irlandeses contra Inglaterra.

La guerra química en el Ejército español en Cuba

En América se conocía ya, y se utilizaba para la caza, la combustión de maderas impregnadas de diferentes sustancias, que producían un humo irritante. La gra-

sa de pescado, con la que se embadurnaban largas ramas de árbol, ocasionaba una humareda pestilente y lacrimógena, que empleaban en las grandes cacerías, y aun en las luchas con los hombres, los indios del Canadá.

Pero no eran solamente los pueblos primitivos los que se servían de estos elementos en sus luchas. Leonardo Fiorovanti fué el inventor de diversas fórmulas químicas para producir humos y fuegos de agresión. Carlos XII de Suecia, al frente de sus tropas, hizo que se produjese una densa niebla artificial para ocultar al enemigo su paso por un río. Y Napoleón llegó a emplear en su formidable Ejército unidades químicas que por armas usaban, combinados de arsénico, en determinadas circunstancias, de terribles efectos mortíferos.

En Chalons, en 1865, se realizaron ensayos de unas granadas de artillería cargadas con tóxicos, y en Turquía, los laboratorios de Química se incorporaron a los departamentos de la organización militar.

Pero también el Ejército español ha empleado la química en sus campañas. En Cuba, en la sublevación cubana de Máximo Gómez y Calixto García, cuando los insurrectos hacían de la espesa manigua su inescrutable cobijo, las tropas españolas lanzaban durante la noche unas bolas de manteca y estopa impregnada de fósforo, que luego, al ser de día, se inflamaban al sol, convirtiendo en una llanura esteparia los frondosos cañaverales.

Hasta el empleo del gas de hiperita

Luego—ya 1914, ya la locura bélica que iba a propagarse por todo el mundo—fueron los gases alemanes que iban a llevar al equipo guerrero de los Ejércitos europeos aquellas caretas que convierten al soldado en un rostro de caucho con expresión monstruosa. ¡Gas! La guerra química, como el último de los descubrimientos del hombre contra el hombre. Y acaso el más feroz. Pero que tenía dos mil años de historia ya.

JOSÉ ROMERO CUESTA



↑ En el Extranjero se hacen constantemente prácticas de defensa contra la guerra química. He aquí un momento de esos ejercicios contra la nueva y terrible modalidad de la lucha



Otra escena de las prácticas de defensa contra la guerra química que de modo continuo se celebran en los países extranjeros

Espectáculos



RIALTO

Gran éxito de la deliciosa
comedia hablada en es-
pañol

La que apostó su amor

con

Bette Davis

y

George Brent

Avenida

Grandioso éxito de la
emocionante y sensacional
película

**La última
avanzada**

con Cary Grant, Claude Rains
y Gertrude Michael

PALACIO de la MUSICA

3.^a semana de la formidable película
de ÉXITO extraordinario

Deseo

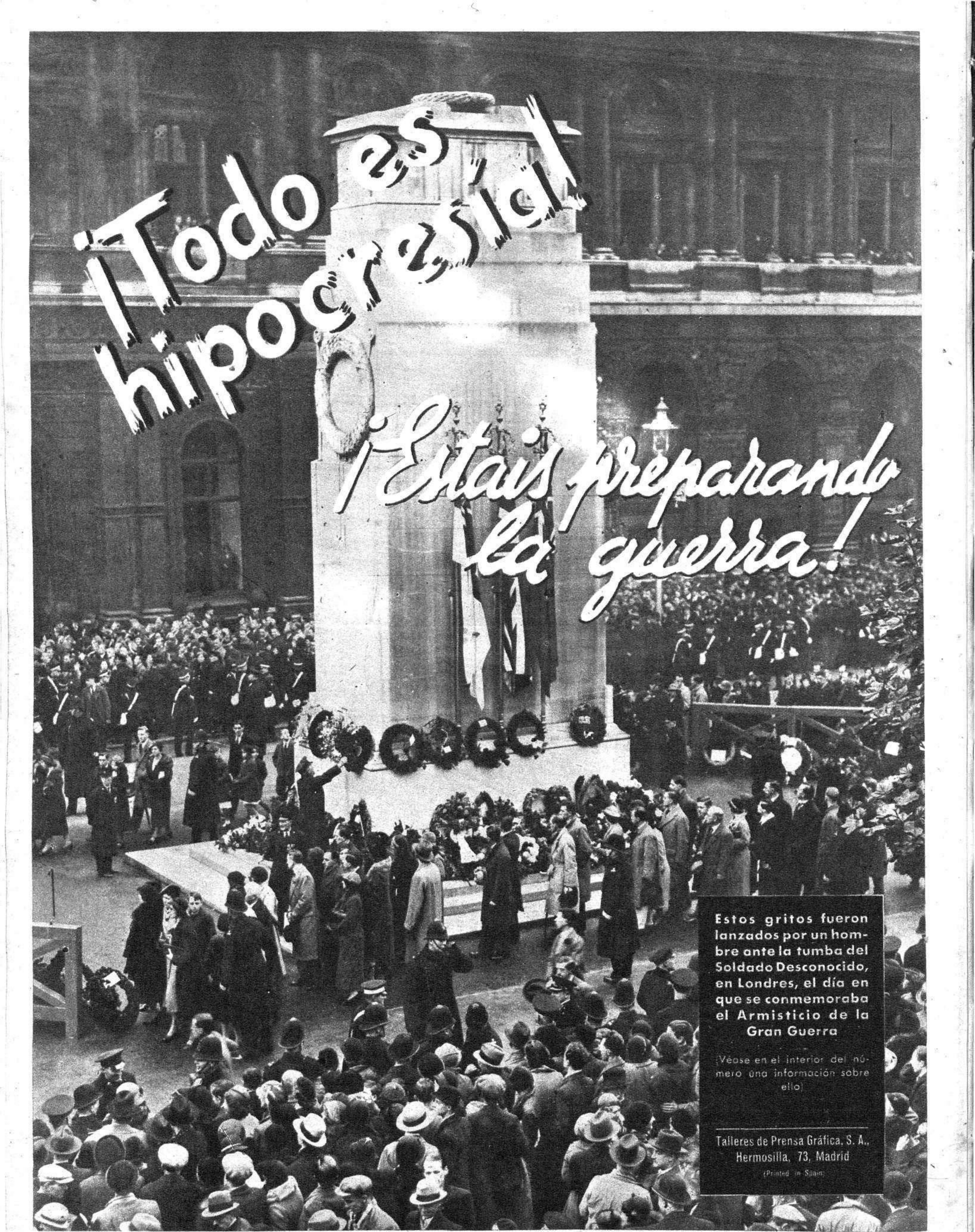
Insuperable creación de
Marlene DIETRICH con Gary COOPER

CAPITOL

2.^a semana de grandioso
éxito de la colosal su-
perproducción de am-
biente revolucionario

Joaquín Murrieta

Genial creación de
Warner Baxter
con
ANN LORING



*Todo es
hipocresía!*

*Estais preparando
la guerra!*

Estos gritos fueron
lanzados por un hom-
bre ante la tumba del
Soldado Desconocido,
en Londres, el día en
que se conmemoraba
el Armisticio de la
Gran Guerra

(Véase en el interior del nú-
mero una información sobre
ello)

Talleres de Prensa Gráfica, S. A.,
Hermosilla, 73, Madrid

(Printed in Spain)